

ESPAÑA LIBRE

Ejercicio práctico de la Escuela de Periodismo (Grupo III)

Año I.-Núm. 9.-Madrid, 7 de febrero de 1943



JUVENTUDES DE MUERTE ESPAÑOLA

— Por Pedro DE LORENZO —

Las Falanges de sangre, en agonías laceradas y roncadas, desgranaban el viejo rito de las J. O. N. S.:

Juventudes de vida española y de muerte española también.

Traían un estilo, español en vida y muerte, excluyendo toda interpretación de orden tipológico, las formas en que ha cobrado perfil este acontecimiento supremo de la pervivencia conteniéndola en normas no sólo católicas—del hombre en cuanto hombre—, sino en la esencia pura de lo castizo y castellano—del hombre en su devenir histórico.

Ya no aceptamos—los jóvenes de España—aquella concepción del griego, que juega con el ser y el no ser, tras una lucha anacrónica entre ciencia y conciencia; ni la teoría del romano, planímetro en su «moriturus» al César que le despedaza; no gozamos hoy, cual en sus orígenes, de la cristiana vocación del secreto, con su empírea curiosidad tentadora; ni—lo que fuese locura—nos sirve la tesis barroca del cuatrocientos manriqueño, en la que, indefectiblemente, privan la nonada y el dolor. Purgándolo de su paganismo, hay un ideal pasado que aun comprenderíamos el que signa con su embriaguez vital hacia metas lejanas, con su indómita apatía de gloria, el destino militante del Renacimiento.

¿De qué modo el hombre moderno consiente y prevé su propia vida y su muerte? ¿Qué nexos liga hoy mundo y trasmundo? Por lo pronto, el contemporáneo no teme, como temía el antiguo, trasponer el impalpable medianil. El vértigo de la acción, en la que se ve permanentemente subsumido, narcotiza su pensamiento y lo desvía del polo fatal; de aquí brota

una cargazón de angustia y el gayo azar, desprendido, flota con ingravidez. De cuando en cuando, una llamarada patética le estremece con un estrépito que golpea su oquedad desanimada, de hombre sin carne ya ni hueso. Es el grito arrebatado de la obra de Kierkegaard «Entweder Oder», «O esto o lo otro», ética y estética. Repara en que el esteticismo le ha hecho presa de la melancolía y desesperación. Pero, prendidos a las cosas, al tirar de ellas los ojos se resienten. Y este dolor se traduce para Unamuno en un «sentimiento trágico», en el «agonizar» que le vuelca sobre el desolado plano de una fe que ha perdido la «gracia», sin nervio tridentino, privada del optimismo sano y fecundo de la ortodoxia. Frente a la voluntad de «salvación», Heidegger planta una «antología», en que las direcciones posibles se encuentran reducidas, esquemeatizadas, al vago problema de la propiedad o impropiedad existencial.

Acabamos de ver con pasmo, con terror, cómo Occidente duda, cómo vacila en la creencia milenaria. ¿Qué ocurre en tanto con la civilización oriental? El hombre amarillo no logra un verdadero...

(Continúa en séptima página.)

MATIAS MONTERO

Interpretación carismática de su muerte

De Matias Montero, militante y seúista, se ha dicho casi todo. Todo no, porque acaso la muerte escondida para siempre lo más inasible y medular de nosotros mismos: el secreto de una dinámica específica; lo carismático, nuestro trasfondo misterioso y milagrero, vago, oscuro, avial.

Lo que nadie ha desentrañado hablando de Matias Montero es, precisamente, esa raíz biológica, metafísica, que entronca a los hombres con lo telúrico—en el espacio—y con la Historia—en el tiempo—. La razón última, superior de nuestra postura vital, hija de cien batallas inferiores (juicios, instintos, corazonadas) y de esa rara fuerza cósmica, más vieja que el propio sujeto, que está por encima de la anécdota e impone su ley irrevocablemente, tanto más ciega cuanto más decisible el trance viril o el dilema cordial.

Si alguien entre los españoles no puede susstraerse, ni aun queriéndolo, a ese perfil genealógico, terruñero, ha de ser un trujillar.

«Hay dos regiones—dice ya «Azorin»—que han impreso un hondo carácter a los hombres que nacieron en su suelo: Aragón y Extremadura.» En el corazón mismo de Extremadura está Trujillo, coronando un campo antiguo, berroqueño, como un sueño de piedra amurallada... rodeado de encinas, de canchos, de chumberas.

Este paisaje es sereno y retorcido, pero, sobre todo, esueto, clásico, sin concesiones a la inercia. Quien vive en él—o de él—ha de ser

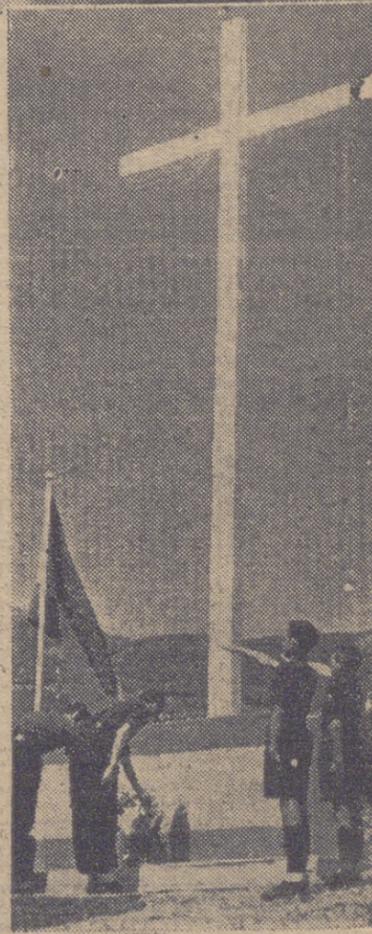
necesariamente hombre de normas, amor y voluntad definidos. Se explica que Pizarro emplazara al destino en la Isla del Gallo, sobre una recta trazada con su espada y se muriera besando la armonía verticilar, geométrica, de una cruz.

De Trujillo era también Matias Montero—Orellana, García de Paredes...— Y por serlo mantuvo aquel exacto extremeño vigor falangista que invocó José Antonio (buen catador de esencias rurales) sobre su tumba.

El hecho de ser trujillano fue ajeno, naturalmente, a su voluntad. Nacemos y morimos donde, cuando y como Dios quiere; pero tal destino decide para una eternidad nuestra más profunda manera de ser ética e histórica...; mas como los hombres no vivimos solitarios ni generados espontáneamente—históricamente—, sino en lugar y tiempo concretos, respondemos a cualquier estímulo espiritual o político con una característica reacción, semejante para determinados núcleos humanos, que define, entre otros, los conceptos étnicos de región y generación, tan mal entendidos.

Es, pues, este arraigo telúrico y sanguíneo quien nos informa y da la medida de nuestra autenticidad. Lo que tienen de superficiales las grandes ciudades o sociedades jóvenes es lo que les sobra de modo-nismo, su falta de tradición y entronque con la tierra.

(Continúa en séptima página.)



ESCUELA

Hacia la última etapa

Por J. L. C.

Lo que en los primeros momentos de nuestra presencia en la Escuela fué ancha tarea por delante, proyecto de entusiasmo a desarrollar en dieciocho meses, está muy cerca ahora de cumplirse, ya a dos meses vista de los últimos exámenes y de nuestro definitivo período de prácticas, es decir, aquel que desembocará con carácter quizá inmediato en el campo ya específicamente profesional del periodismo.

A la hora de hacer recuento, de valorar lo conseguido y aprendido en estos trece meses de ininterrumpido trabajo, valdría no poco volver los ojos a nuestro primer día—el día de la inauguración de la Escuela—e imaginarse todo lo transcurrido y acaecido desde entonces como una consecuencia lógica y directa de nuestra presencia allí. La Escuela Oficial de Periodismo—de extremo a extremo de su existencia—ha reclamado una perseverancia excepcional en la atención de sus alumnos y obligado a éstos a no volver los ojos hacia otra actividad cualquiera fuera de lo periodístico. Si algún día han de destacarse los más culminantes éxitos de la Escuela, nosotros abogaríamos porque nadie olvidase ese su carácter exclusivo y excluyente, que hace imposible todo descaecimiento en la labor, y que a lo largo de los meses de curso ha impuesto bien a las claras sobre nuestros espíritus la huella permanente de la inquietud periodística. Otros éxitos podrían valorarse muy por debajo del apuntado; este que nos ocupa supone nada menos que unas vocaciones—más o menos difusas—ganadas, por ley de amor y desvelo constantes, para el periodismo, en su sentido más exigente y cotidiano.

Hoy, a estas alturas, podemos poseer una mayor o menor preparación, más o menos conocimientos técnicos y culturales; pero de lo que no cabe duda es de que vivimos y nos desvelamos constantemente por los problemas y las cuestiones periodísticas, sin tener ojos para otras cosas que no sean éstas ni atención para cualquier otra actividad. Vivimos sumergidos en un mundo de papel impreso, en el que los ciceros y los puntos han sustituido al sistema métrico decimal, y los corondeles, las plicas y los cortes a las formas más corrientes y familiares de nuestro antiguo mundo. Sin hipérbolos, nosotros podríamos afirmar, convencidos de su certeza, que, hoy por hoy, el periodismo es toda nuestra vida, que él resume nuestras aspiraciones y vale por todo lo demás, en cuanto nosotros—jóvenes con vocación que nos afanamos en ganar aptitudes—hemos echado el cerrojo a cualquier otra preocupación simultánea—conquistados por ésta otra que justifica nuestra presencia aquí—, y vivimos ya totalmente en el cauce, los modos y las esencias del periodismo.

Nosotros, a pocos meses de abandonar la Escuela, declaramos nuestra perseverante ambición en el campo del periodismo. De nada valdría la Escuela si sus alumnos creyesen amortizado el exigente llamamiento de sus jerarquías con una amable y circunspecta correspondencia. Esto es: si nosotros—primera promoción de periodistas de la nueva España—fuésemos simplemente a engrosar, con débil fatalismo y despulsada rutina, las plantillas y las nóminas de los periódicos de España; si en vez de personalidad, novísimas maneras y una luminosa y revolucionaria concepción del periodismo, nosotros llegásemos a la Prensa española sin más afanes que aquellos que en los más de los casos han constituido durante años y años la vértebra espiritual y profesional del periodista. Pues si nosotros no podemos decir que el periodista español de hoy es apto o no para el ejercicio misionero de su profesión, si que está en nuestras manos el afirmar—y aun el hacérselo entender a los que no lo comprenden—que nosotros, en cuanto alumnos de la Escuela, vamos a llegar a la Prensa de España con ambición moza y juvenil de hacerla mejor, firmemente deseosos, pues, de no ser unos periodistas más, sino aquellos, precisamente, que necesita nuestro periodismo. Que lo consigamos o no es ya harina de otro costal; ya lo dirá quien puede decirlo y cuando pueda decirlo. Hoy por hoy sólo cabe estar convencidos de una cosa, aunque de por sí bien importante: que nuestra promoción, el curso inaugural de la Escuela de Periodismo, pretende y quiere nada menos que hacer punto y aparte—a su llegada a la Prensa—en el periodismo español. Ambición que no es excesiva, pues está en absoluta concordancia con el espíritu en que se nos invocó y que permanece—más acentuado si cabe—sobre nuestra tónica y nuestro entusiasmo actual. Que nadie lo dude: queremos hacer un periodismo joven, revolucionario y falangista. Queremos llevar aires nuevos a la Prensa española. Y si esto fué un tópico siempre—convertido más tarde en agua de borrajas—hoy ya es algo más: la promesa clarividente de quienes tienen derecho a decirlo, porque para eso forman en la Falange y han recibido de sus mandos la orden, entusiasmadamente aceptada, de no parar hasta conquistar. Y lo que se trata de conquistar es, nada menos, el periodismo español.

Dirigió este número especial de ESPAÑA LIBRE, dedicado al Día de los Caídos de la Juventud, José Luis Colina, y actuó como Redactor-Jefe Gonzalo Velasco.

“La experiencia de un corresponsal por el mundo”

Conferencia de Lorenzo Garza en la Escuela Oficial de Periodismo

PRESIDIO EL DELEGADO NACIONAL DE PRENSA

Una conferencia ha pronunciado el sábado pasado en nuestra Escuela el corresponsal en Lisboa de la Prensa del Movimiento, camarada Lorenzo Garza, sobre el tema «La experiencia de un corresponsal por el mundo». Al acto, presidido por el Delegado Nacional de Prensa, camarada Juan Aparicio, asistió numerosa concurrencia, entre la que figuraban los profesores y alumnos de la Escuela.

EL CAMARADA APARICIO PRESENTA AL CONFERENCIANTE

Dió comienzo con unas palabras del Delegado Nacional de Prensa, de presentación del camarada Garza. «Delante de vosotros—dijo—se encuentra el cuerpo y el alma viajeros de un corresponsal de Prensa, porque es un auténtico gallego. En su alma de Orense se le ofrecían todos los caminos y eligió el que le conducía a ser una de esas cosas más molestas que existen, como es el periodismo.» Describe, en acertada síntesis, la labor ingrata que tiene que desarrollar un corresponsal en el extranjero para lograr su crónica, más ingrata en los momentos actuales



aún, para lograr del lector, a veces, o una palabra despectiva o un gesto displicente. «Todos hemos leído—concluye—las crónicas que de sus corresponsales en el extranjero publican los periódicos de esta mañana, pero lo que han tenido que hacer para lograrlas es lo que nos va a explicar el camarada Lorenzo Garza».

GARZA ESTABA PREDESTINADO A SER PERIODISTA

El conferenciante comienza diciendo que va a exponer sus ex-

periencias por si pudieran ser útiles a los que van a dedicarse al ejercicio de la profesión. Confiesa que la suerte le destinó a ser periodista; quiso evitarlo, y cuantas veces lo intentó no le pudo eludir. Una vez, en París, acudió a una casa que anunciaba un empleo de oficinista, mas al pedirle informes y decir que era periodista, el jefe le dijo: «Magnífico. Será usted redactor nuestro». Y comenzó a trabajar en un periódico español que se editó en París, afecto al general Primo de Rivera. En América intentó trabajar en una explotación petrolífera, pero también le tocó ser periodista. Dice que llegó a cobrar por crónica cinco dólares como corresponsal de un periódico de América, pero antes había escrito muchas cuartillas que no le habían producido nada. Eso estima que es indispensable hacer para llegar a ser periodista.

EL PERIODISTA DE NUEVOS TIEMPOS

Empezó a ejercer el periodismo a los dieciséis años. Pasó por una Escuela de Periodismo, cuya eficacia ensalza y dice que contribuyó a formarle. Añade que ahora la profesión tiene la fortuna de conocer tiempos mejores y que el periodista español está mejor considerado socialmente y mejor retribuido.

El camarada Garza relata la continuación varias anécdotas muy curiosas de sus andanzas por el mundo, y hace una acertada semblanza de personajes tan sobresalientes como el difunto Presidente venezolano, general Gómez; el famoso aviador Lindbergh, el mariscal Pétain y mister Myron Taylor.

El director de “El Alcázar” en la Escuela de Periodismo

Ayer, a las ocho de la tarde, el director del diario «El Alcázar», D. Jesús E. Casariego, dió una interesante conferencia a los alumnos de nuestra Escuela, sobre el tema «La Prensa carlista».

Recogeremos con nuestro esfuerzo la cosecha que sembró la muerte de Matías Montero

Tarea del Segundo Curso

Hemos comenzado el mes corto con un—al parecer—rotundo «sin novedad». Digo al parecer, porque, a juzgar por las señales inequívocas de intranquilidad que se observan en ciertos «medios» de la Escuela, no es tan rotundo como a primera vista parece. Y es que ya empieza a sonar la palabra «examen». En efecto; faltan dos meses para los exámenes, y, quién más, quién menos, se acuerda ahora de que hay que salvar esta prueba. Sin embargo, yo estoy completamente convencido de que todos los alumnos del Segundo curso esperamos con impaciencia la bendita hora de lanzarnos con fe y alegría al sagrado ejercicio de nuestra profesión. Mientras tanto, las clases prosiguen tranquilas y apacibles.

En «Vida y Doctrina del Nacional-sindicalismo» ha terminado ya el Delegado Nacional su explicación de la Prensa anterior a la de nuestro Glorioso Movimiento, y el sábado pasado comenzamos ya a estudiar la revista «J. O. N. S.», órgano de las Juntas de Ofensiva Nacional-sindicalista. Por su parte, el camarada Agustín del Río prosigue su metódica y detallada exposición de la doctrina de la Falange.

«Cultura religiosa». Fray Maurício continúa sus profundas explicaciones de Apologética. Más que explicación, es una honda y perfecta meditación filosófica en torno a los problemas apologeticos de nuestra Religión.

La última clase de «Redacción Literaria» fué íntima y sabrosísima. En ella se leyeron tres trabajos: de Colina, de Marrero y de Aznar, sobre «España ante el problema africano». Pretende Alfaro que, ante la discusión que susciten los diversos puntos de vista de cada uno, podamos aclarar ideas y conceptos sobre este problema con miras a trabajos de mayor envergadura.

El camarada París, en «Economía», sigue sus explicaciones alrededor de los problemas económicos de los diversos sistemas políticos.

En «Alemán», la constancia del coronel don Armando Gómez va abriendo camino en nuestras torpes mentes y en nuestra gran dificultad para aprender la lengua de Goethe. Las traducciones de trozos sueltos en el manual que empleamos—es innegable—son de mucha utilidad.

La clase de «Política Nacional-sindicalista» es una de las más útiles para nuestra profesión. El giro práctico dado a las clases por el camarada Bedoya despierta en nosotros el sentido político. Desde el próximo día comenzaremos a hacer una exégesis de la doctrina política de Gracían a través de sus principales obras.

Las clases de «Información y Reportaje» continúan su ritmo práctico de siempre. Con Gómez Aparicio, además de las explicaciones de carácter teórico, hemos hecho un reportaje con el tema a libre elección, y el camarada Mostaza ya nos ha encargado un trabajo sobre el tema «El periodista en el Estado moderno».

La «Geopolítica» es en estos momentos de un alto interés para nosotros. Sobre la misma marcha de los acontecimientos, el teniente coronel Díaz de Villegas, gráfica y documentalmente, nos explica las razones de índole geopolítica que confluyen en estos acontecimientos. Las próximas lecciones versarán sobre «Los grandes espacios vitales en el mundo».

El camarada Nieto, en «Legislación de Prensa», continúa su metódica explicación del articulado de la «Ley de Prensa». Como ésta es la pieza fundamental de lo legislado hasta ahora en materia de Prensa, nos hemos detenido bastante en el estudio de cada uno de los artículos, de enorme valor práctico en nuestra próxima vida profesional.

Y por último, el periódico. Nuestra pesadilla... y la de ajustadores, cabeceros y linotipistas. Porque nuestro periódico se hace como los diarios de la tarde: sobre la marcha. Pero... se hace.

G. V.

El rito de la juventud

— Por José Luis COLINA —

Demasiado tarde es ya para que nadie descubra laureles sobre la sangre bien derramada de nuestras juventudes. Demasiado tarde, porque la muerte tiene su momento y el rito no puede inaugurarse con sólo la añoranza. Deben callar quienes no supieron por qué se moría cuando era obligado silenciar sus fúnebres cánticos, sus antifonas y lutos, aquellos que entornaron los ojos a la luz vivísima del sacrificio por España y no guardaron para la juventud caída más que ese inefable ademán de benevolencia, piedad y comprensión que siempre adosa el español sin fe al arrebatado gesto del que la tiene. Hoy el rito sólo pueden hacerlo los muertos y su recuerdo. Nadie más. Los que quedamos hemos de aprender a hablar con el silencio, con ese silencio que brota de la buena muerte, y—si acaso—con el latido de aquella sangre fértil que engrosó la nuestra, y que hoy tiene—frente a la frialdad y el desentonado sentimentalismo de los que la menospreciaron—honda potencia de desvelo estrecha y amorosamente crecida en nuestras venas. Mas bajo los almendros de la paz, las antiguas espadas no llegarán nunca a revelarnos el trágico y angustioso teorema del rito. Y así como el amor no sabe nunca, desasegado ante la perseverante inminencia de la posesión, la cercanía justa del objeto deseado, así también nuestras voces, hincadas en el dramatismo excelso del recuerdo, no llegarán a saber jamás la palabra merecida por la muerte.

Pero hay, sobre todas las demás, razones del corazón; constantemente ganado para nosotros, el recuerdo del antiguo camarada que hoy ahila a golpes de ausencia la altísima fe de la Falange da guardia a la ceremonia de su muerte. Sigue, mano y mano sobre el fusil, escoltando la aurora de nuestras voces y recuperando la vigilia enhiesta de cada minuto. Está en nuestro corazón, Dios sabe por qué prodigioso designio; está en él, ganado por la sangre, bajo las banderas del nuevo tiempo, condecorando de gloria y de fértil heroísmo la marcha irrevocable de nuestras juventudes. Estrellas como dedos

del Señor cubren la marcha, y, en la entera flor de la sangre creada para el cielo, cada joven ausente es como un abanderado más de nuestra ruta.

Razones del corazón que revocan la ausencia y dejan intactas nuestras filas, como si el vendaval furioso de la lucha no se hubiera llevado por el camino de la muerte a los mejores camaradas. Volvemos—en cada conmemoración—al minuto inicial, completas las falanges y en pie la juventud. Cada hueco lleno por camisas nuevas, eternamente nuevas, de azul inaccesible a la ga-

rra mortífera del plomo. Ni una cruz más cabe en los campos de España; se ha muerto en la orilla verde de los ríos y bajo la desgarrada sombra de los chopos; sobre el dulce regazo de los valles y aun en los estériles yermos sin espigas siquiera. Se ha muerto en cada esquina, bajo cada árbol y ante cada muro de España.

Habló la muerte, rozando, sobre la tierra española, y allí dejó su sementera de cruces. Partieron muchos y llegaron muy pocos, aunque bien sabe Dios que cada vez tendremos más tras

nuestras espaldas, añadidos por ley de amor y de verdad. Les tendremos—les vamos teniendo—, traspasados de aquel viejo y eterno ímpetu que cernió sobre la lucha su gozo adolescente; les tendremos, porque por el dolor necesario de lo luctuoso no hay ángeles que dejen de señalar nuestro camino a la clarividencia moza de la novísima juventud de España. Pues ésta es la más singular y admirable cosecha de la muerte; cayeron jóvenes que hoy no lo serían tanto, aun sea en edad, pero la ocasión de su postrer minuto les esculpió eternamente en inmarcesible estatua de juventud. Y murieron a su edad y siguen viviendo en nosotros, en su verda-



SENTIDO TRASCENDENTAL DE LA SANGRE JUVENIL

Conocidas son las trayectorias de los movimientos juveniles en otros países. Admiramos la tarea gigantesca de Renato Ricci, en Italia; de Baldur von Schirach, en Alemania, y de otros países que cuentan con juventudes al servicio del Estado.

La génesis del Movimiento Juvenil en España tiene peculiaridades excepcionales. Fue una coyuntura histórica y surgió espontáneamente en los momentos que poligraba la existencia de la Patria.

Antes de nuestro glorioso Movimiento la masa juvenil tenía—en su inmensa mayoría—un espíritu católico y nacional, pero estaban divididos en grupos que coincidían en algunos postulados esenciales. En todos los jóvenes latía la misma aspiración. La guerra puso de manifiesto esta misma uniformidad de sentimiento. A las juventudes españolas no las llamó nadie. Ante un adversario cierto y temible ante el grito de una Patria que se hundía, se desvanecieron todas las banderías y matices y cuajó una milicia compacta y disciplinada.

Aquellos jóvenes intelectuales—con todo el desprecio bárbaro que ponían en esta palabra los que no sabían leer—se metieron en una tremenda tarea; luchar y morir por España. Fue su espíritu un afán indefinido e indefinible, de superación nacional que

sacudió el caudal de las energías juveniles.

Los que se agruparon en torno a las primeras banderas carecían de intereses bastardos y menudos, que condicionan e imposibilitan el sentido de la responsabilidad. No fueron aquellos jóvenes intelectuales como sus abuelos, manejados más o menos hábilmente—inconscientes o traidores—por sutiles consignas del internacionalismo judcomasónico.

Con la intransigencia de la verdad que les acompañaba, sin consignas de nadie se unieron a las banderas del Caudillo. Su figura egregia y juvenil fue el mito de aquellos grupos inconexos que cuajaron en un verdadero ejército. Al frente de ellos había un único capitán.

En el año 1937 advertía Franco a los estudiantes: "Sacrificio, servicio, hermandad, lema para nuestras juventudes; juventudes que al través de la Historia fueron jalonando los grandes acontecimientos de la Historia". Una juventud a la que se haya formado en estos postulados podrá entregarsele confiadamente el tesoro de nuestra cultura y de nuestro destino histórico. Y poco después añadía: "Nuestra ambición, respecto a la juventud, no tiene límites y nos los tiene, porque hemos un día de entregarle esta España sufrida y redimida, y hemos de exigirles que la lle-

ven por los senderos del honor y de la gloria". El desconocimiento o negación del heroísmo y del honor nació de un torpe desconocimiento de las más hondas verdades de la vida.

Italia, Alemania y el Japón—éste último desde hace miles de años—han inculcado un sentido heroico a sus juventudes. En España, desde el 18 de julio ha comenzado a encauzar por este acertado camino las energías de sus masas de jóvenes, que antes vivían como ciegos, presintiendo algo que no supieron definir.

Grandiosa es la labor encomendada a nuestras juventudes. Es la obra predilecta del Caudillo y del Movimiento.

El culto al honor y a todas las virtudes son la esencia primordial del "modo de ser" falangista. Su misión es trascendental: forjar los paladines de la Patria en un nuevo destino universal. Ser el ejemplo y molde donde se formen con recia fe patriótica y un leal espíritu a la nueva España, la juventud que ha de ser la esperanza de la Patria.

Sólo a esta generación, que no vió los años decadentes de una nación en venta, que se ha batido heroicamente, le corresponde el honor de señalar los caminos del esplendor político y científico como un día lo hicieron con las armas en la mano.

Constancio GARCIA-RUBIO



dera edad, aquella misma de la muerte. José Antonio será siempre el hombre de los treinta y cinco años cesáreos y proféticos, y Matías Montero, el mozo de Extremadura con bozo, gesto y sonrisa granadamente infantiles. Por eso la voz y la llamada de todos nuestros caídos serán siempre voz y llamada de mocedad, cántico de eterna y alegre adolescencia. Y por eso, porque nuestros caídos no pueden envejecer jamás, porque ellos han rebasado la forma y vencido a la materia, la juventud de hoy, la que está brotando cotidianamente, y recuerdo como en un eco de sueño el trágico rumor marcial, entiende muy bien el lenguaje de los héroes. Por la infinita juventud de los caídos han sido ganados el entendimiento y la clarividencia del joven de hoy; por la muda adolescencia del que se quedó para siempre velando el azul del cielo junto a cualquier trinchera española o bajo las cúpulas de Novgorod, es hoy justa y consecuente la entusiasmada comprensión de las nuevas formaciones, nuevas en fe y en encendimiento tanto como en años, saben que no hay más razones que las del corazón cuando el corazón es mozo, y que no descaerá jamás quien trate de juventud a juventud y quien sepa mantener por encima de todas las discordias y de todos los desfallecimientos en imperio singular de lo juvenil.

Si hoy la juventud española tiene espadas en las manos y candente entusiasmo en el corazón, es porque, no lo olvidemos, ha habido relevo de mocedades, y a la generosa sangre derramada ha sucedido esta otra sangre de potencia para mover pulsos y para ceñir fusiles, sangre engrosada por el pasmoso venero de la juventud caída.



BUSCAMOS el clasicismo de nuestra conducta. Naturaleza humana la nuestra, miserable. Somos hechos de barro para convertirnos en polvo, y el barro y el polvo, pisoteados por la dura planta de nuestras pasiones. Pero la pasión —el amor, el odio, la venganza— todavía ha producido hechos, todavía ha escrito una parte de la Historia, si bien no tiene nada de aleccionadora. Ahí queda en Europa todo ese siglo de las generaciones románticas. Habían de dar un Beethoven, un Schubert, un Goethe, un García Gutiérrez, un Larra. Su delito fué un error de concepto; pero aun su vida y su obra pueden ser admirables. Vivieron atormentados por su corazón, pero vivieron. Eran corderos descarriados, pero tenían alma.

Solamente en el mundo ha existido una sociedad inexistente: Sodoma. Molestaban los ruidos, la conversación, el movimiento, el ajre, la luz, todo. ¡Pero si sólo hubiese habido una Sodoma! ¡Qué monótona es la repetición de la Historia!

Entre los románticos y los sodomitas nos quedaríamos con los primeros. Pero todavía hay más de dónde elegir: Roma, Atenas, Lepanto, Flandes, Méjico. Y nos quedamos con uno de estos nombres, donde la vida es dura, difícil, aguda. Nosotros sí que sabemos por qué preferimos lo que ellos llaman malo; pero ellos no lo podrán comprender nunca.

Los sodomitas de hoy son los hijos de los románticos de ayer: los burgueses. Aman el blando sillón, la quietud, la glotonería, la barraganía. Viven en sentido horizontal, con su descomunal abdomen, que fatiga su respiración, y atrofiados sus músculos y sus sentidos por un exceso de albuminoides. Después, mueren como los pájaros bobos, por inanición—que les falta el alimento del alma, aunque no el del cuerpo.

Así se va extinguiendo España con la concepción que ellos tenían de la vida: reposo, inmovilidad y, por plasmarlo en una frase popular, "tranquilidad y buenos alimentos". Por este camino habíamos llegado al fondo del abismo. ¿Dónde está la semilla de la que ha de brotar el árbol de la fe? Si no fuéramos católicos, ésta sí que sería una prueba de la generación espontánea. ¿Y aquellos hombres sabios, que han muerto o tienen hoy las barbas de plata? ¿Qué hicieron? Cuando veían pasar su juventud se lamentaban con los versos de Rubén:

*Juventud, divino tesoro,
ya te vas para no volver...*

Y cuando la vieron ya pasada se dolieron con el quejumbroso llanto de Santos Chocano:

*He vivido poco,
me he cansado mucho...*

Algunos, como Unamuno, tenían la visión de estas cosas, pero veían que era tarde. De todos modos, tampoco acababan de comprendernos. Sabían que queríamos algo; pero, ¿qué? Esto ya no lo adivinaban, no lo podían concebir.

«Dijo, pues, Dios: Sea hecha la luz. Y la luz se hizo». (Génesis, cap. I, versículo 3.)

Así nació la luz en nuestros corazones, sin precedentes, porque Dios quiso que se hiciera. Y fué el Belén de este nacimiento la Universidad. Desde aquel momento cambia totalmente la faz de las cosas.

Hay un grupo de jóvenes universitarios que, sintiendo de pronto el latigazo de nuestra vergüenza, abren los ojos y perciben los últimos reflejos de la gloria de España, como luz mortecina de lamparilla de aceite, próxima a extinguirse.

Los hombres son resistentes de sus actos ante Dios y ante la Ley. Pero la historia se fabrica con las acciones de los hombres. Por eso nuestros primeros camaradas se hicieron responsables de la Historia, se echaron sobre sí ese peso enorme de saberse juzgados necesariamente por las generaciones venideras, y sin tener en cuenta el lastre que les dejaron dos siglos de ignominia, acometieron la magna empresa. Y comenzó la lucha, lucha de titanes, exigencia de esfuerzos descomunales, sobrehumanos, gigantes.

Caídos universitarios de la División Azul

Por Rodrigo ROYO



La lucha fué penosa y alegre. Un jugar a ser hombres siendo la hombría misma; una sonrisa ingenua y sin malicia, y una conciencia exacta de la trascendencia del momento. ¿Qué vale la experiencia de los años, si lo que se gaan en años se pierde en corazón? Los jóvenes no la necesitan, porque la Fe es una verdad infusa, que no se adquiere con el tiempo, sino con la ayuda de la gracia de Dios. Y lo que se necesita es Fe, corazón, ímpetu, voluntad de acción y visión de nuestro camino recto. Los ancianos, los senadores de las barbas canas, serán hombres muy doctos, pero en su alma no queda más que amargura y desazón. Están cansados y tienen gana de sentarse. Por eso su consejo no nos sirve de nada y su experiencia de jóvenes tampoco. Su ilusión, cuando lo fueron, era llegar a viejos. Así se explica que no comprendan que muramos riendo, y que vivamos cabalgando siempre, como el Cid o como el Gran Capitán.

La lucha fué primero de espíritus, de iluminación de almas. Aquellos primeros camaradas fueron los apóstoles de nuestra segunda redención. Y bajo sus auspicios fuimos creciendo los demás. De allí nació el Sindicato Español Universitario, avanzadilla de nuestras posiciones, "Gracia y levadura de la Falange", como lo llamó José Antonio. El S. E. U. había de ser la eterna inquietud, y en su seno se formarían los mejores soportes de nuestra Revolución. Su espíritu de protesta contra todo lo humillante había de iluminar cada vez mayor número de corazones. Después, de sus filas saldrían los cimientos de nuestro Ejército liberador—¡alféreces provisionales!—. Mas hasta este momento el camino había de ser lento y fatigoso, pero recto.

Por él anduvo Matías Montero, hasta que encontró la meta en una tarde del Madrid invernal y angustioso. Habíamos firmado un contrato con España, y, para no poder volvernos atrás, aquel 9 de febrero le entregamos una vida como señal. Después, ¡cuántas veces hemos reiterado esa señal!

Por entonces nos tocaba a los más jóvenes estudiar Bachillerato en provincias. Profesores ginebrinos y furibundos fueistas. Si la hora de la verdad hubiese tardado un poco más en llegar, ¡cuántos de nosotros se habrían perdido!

Pero Matías Montero apresuró la hora, y fué el primero en avivar con su sangre la llama mortecina de nuestra gloria extinta. Después, todo se sucede aceleradamente: las elecciones, la guerra, la Victoria—mártires, héroes, estenuos.

Hubo luego un momento de respiro. Fué sólo un pequeño descanso para cobrar fuerzas, para reposar la fatiga y hacer recuento. En esta actividad nos sorprendió aquel 23 de junio de 1941. Un nombre, con el zumbido de una explosión, resonó en todos los oídos: ¡RUSIA!. Aquel nombre parecía poseer una maléfica influencia, porque sólo el recuerdo de su resonancia indignaba los espíritus y hacía refulgir en los ojos un relumbro de odio y de venganza.

Se nos había llamado profesionales del alboroto, promovedores de las discordias civiles. Ahora sí que habían de ver—aun los que con más tesón se obstinaban en cerrar los ojos—el tamaño de su error.

El S. E. U. se marchó, en masa, una clara mañana de verano, hacia el extremo norte del Viejo Continente. Cantaba "La Parrala" y alguna que otra canción popular, y vio pasar el sol sin inmutarse,

y sus últimos rayos, rojos como la sangre, besaron por última vez la frente de muchos camaradas.

Al día siguiente, Francia. Cada francés era un Rousseau cualquiera; cada español era un Hernán Cortés.

Otro día, Alemania. Uniformes entre gris y verde, fuerza y bizarría. Nos acordamos de los antiguos bárbaros, aquellos que destrozaron el Imperio romano, porque Roma, decrepita y caduca, necesitaba sangre nueva para resucitar. Ellos irrumpieron sobre el antiguo Imperio y el ejercicio de las armas sustituyó a la cítara, y el duro lecho de la tierra suplantó a los cojines de seda, y se trocó la molicie por la guerra. ¿No era la Europa de hoy una Roma corrompida? El Estado liberal, ¿no había llegado al envilecimiento? ¿Será ésta una nueva invasión de los bárbaros y estaremos nosotros en los comienzos de una nueva Edad Media?

Esta sensación nos dieron aquellos uniformes entre gris y verde, sensación de bárbaros—vigor, ímpetu, potencia arrolladora—, pero de bárbaros que, esta vez, no destruirían una cultura, porque la tienen toda asimilada. Destruirían una sociedad endeble y pernicioso, para imponer nuevas leyes de vida más robusta, más sana, más auténtica.

El S. E. U., camino del Norte, comprendía todas estas cosas. Era la parodia de un anacronismo: la comunión de los visigodos con los soldados de Lepanto para contener a las hordas de Atila.

En las estaciones donde se detenía el tren había bandas de música, muchas colgadas, y germanas de pelo dorado y ojos zarcos, que nos ofrecían ramos de flores. El tren se perdía luego por entre la espesura de la Selva Negra, y el humo de su chimenea llevaba hasta el cielo la promesa de un cumplir falangista.

Es el mes de diciembre de 1941. El hielo y el silencio durante el día, la luna y el ruido de la guerra durante la noche. Son noches interminables casi, que duran dieciocho horas. Una escucha tras otra, y, entre una y otra, hay que buscar leña, sacar la nieve de la trinchera, que se llena ininterrumpidamente, traer la comida, y cuando atacan, defenderse tras el parapeto hecho con hielo. En los ratos libres—pocos ratos libres—hay un agujero debajo de tierra, y dentro, una lámpara de petróleo o aceite y un poco de fuego. Algunos estudiantes escriben su diario en un cuaderno sucio y arrugado. Fácilmente podemos leer lo que dicen.

Fecha das con el doce de octubre y otras con el 14, hay en casi todos una serie de exclamaciones. "¡El frente! ¡Ya era hora! ¡Arriba España!" A partir de aquí, pasando las hojas sin leerlas, se destacan de vez en cuando otras exclamaciones, escritas con mayúsculas: ¡PRESENTE! ¡PRESENTE! ¡PRESENTE!... Es el posterior recuerdo para los que se fueron.

Volvamos a detenernos en algunas páginas de aquellos cuadernos sucios y arrugados. Este que tenemos delante pertenece a un muchacho de dieciocho años. Tenía carnet del S. E. U., y en el mismo carnet falsificó la edad para poder alistarse. No obstante, no conocía a fondo la doctrina de nuestro Movimiento. Sólo sabía que para ser falangista había que luchar y sufrir, y allá se fué. Dice así uno de sus párrafos:

"(29-10-42). En la posición, y sin novedad. Se oyen morteros junto a la chabola. Anoche me explotaron muy cerca de la escucha y los "pacos" me silbaron muy próximos. Por fin, la desilusión que cobré al principio, cuando comencé a conocer un poco los rigores del Ejército, va desapareciendo. Ante las victorias de nuestros camaradas se eleva mi moral, y por primera vez me voy sintiendo un poco militar, un tanto guerrero. Y se verifica en mí un fenómeno muy curioso: no tengo miedo. Sólo temo una cosa. ¿Soy falangista de verdad? ¿Merezco el honor de llevar la camisa azul? ¿Y si me mataran? Dicen que la muerte es un acto de servicio. ¡Si yo lo cumpliera!"

¡Suprema modestia! Todavía dudaba si era falangista. Allá, en la lejana estepa, infinita y blanquísima, frente a la muerte (Continúa en la página sexta.)

Sacrificio de juventudes en la guerra

El uso de la metáfora para precisar toda la contribución universitaria a la Revolución Nacionalsindicalista. Como tal revolución juvenil, fué preciso cerrar los libros y empuñar las armas. Por desgracia, los libros se entregaban desde mucho tiempo antes entre huelgas escolares, algaradas y demás zarandajas fascistas, hasta el 18 de julio del 36, en que, virilmente, la Falange tocó a rebato, señalando la hora decisiva de la lucha.

Desde la fecha en que Matías Montero, de Medicina, encabeza la lista de mártires que se completa ahora con los otros nombres de Gaceo, Fabiani y tantos camaradas más, la sucesión gloriosa de Caídos de la Falange universitaria no se interrumpe y se colma pródigamente en los campos de España primero, y en los de Rusia actualmente, y Dios dirá qué surcos o qué surcos terrones se empaparán de nuestra sangre sin tasa, en el día de mañana.

De las Universidades se pasó a las Academias de Alféreces Provisionales y a las trincheras. Sólo los primeros Caídos cayeron en las calles madrileñas o entre las ruinas del cuartel de la Montaña. Pero fué una misma muerte, la misma gloria e igual servicio el del falangista universitario de Somosierra y Alto de los Leones en 1936, que el que rinde el divisionario Azul de hoy, que se instruye en Gravenwoth y cae en el Ilmen en 1942.

Los universitarios de mañana encontrarán ganada por y para la Falange, a la Universidad española y a España misma. La mejor sangre de nuestra juventud ha sido el precio del inapreciable legado, y a ellos les queda una misión de continuidad en que el estudio, el servicio y la acción incansables fructifereen con la memoria eterna de los que cayeron en provecho de la España mejor.

A mi hermano y camarada, caído por Dios y por España

Recuerdo bien la fecha del 11 de julio de 1936. En la estación del Norte me despidió Joaquín. Yo marchaba a Santander, y al abrazarme, me dijo, casi profético: "Y si hay jaleo por allá, ¿a ver cómo te portas?" No le volví a ver más.



Era entonces Joaquín, estudiante del último año de Derecho. Estudió su carrera con verdadero entusiasmo, y fué mi primer y mejor camarada y por quien conocí nuestros postulados. Las primeras flechas yugadas que vi sobre su mesa, fueron fruto de su rara habilidad manual. Y las consignas y los primeros números clandestinos de "F. E.", también me llegaron por su conducto.

En febrero de 1939, escasos días antes de la Liberación, mi hermano fué asesinado en la checa del Ministerio de Marina. Como él, mil camaradas; pero cito el entrañable caso de mi hermano, por ir acompañado de circunstancias nada comunes. Joaquín fué vilmente asesinado delante de mi propio padre. Conducidos ambos en la noche del 25 de febrero de 1939 a aquella checa, después de muchos meses indecibles de persecución y angustia, se debió someter a mi hermano a un interrogatorio, posiblemente a alguna tortura, hasta el momento en que, según el emocionado relato paterno, se escucharon sus gritos de "¡Padre, padre; me matan!" Segundos después tenía el cadáver de Joaquín a sus pies, con el cuello acerbillado a balazos.

Conservo un documento con un pomposo sello del Ministerio de Defensa Nacional, que juzgo interesante reproducir. Dice textualmente: "Ministerio de Defensa Nacional. S. I. M. Demarcación del Ejército del Centro. Número 2.438. Registrado con el número 17.041, fecha 25-2-39. Rúégole se sirva admitir en ese cementerio de su dirección el cadáver del que, según referencias, se llama Joaquín Castro Moreno, fallecido a las 9,35 del día de hoy, a consecuencia de herida de arma de fuego en la cabeza, producida al ser introducido en la Prevención de estos S. I. M. y después de haberle sido dados los altos de rigor en estos casos (??)" Y firma el jefe del S. I. M. A. Pedrero (firma autógrafa). El documento va dirigido "con toda clase de formalidades al señor director del cementerio del Este".

Días más tarde, Madrid se liberaba por las tropas nacionales.

Recuerdos de combatiente

Debo adelantar que no he tenido la sin igual ventura de los que defendiendo el Alcázar toledano, rescataban la Historia de España. Pero he sido soldado de Franco, y muy cerca del Caudillo, anduve por los frentes desde Covadonga al Segre y desde Binefar a Cabeza del Buey. Conozco las alegrías de la Liberación, las horas de angustias que la preceden y la gestan, y sé también del júbilo inenarrable de izar una bandera bicolor en el Tibidabo para pasearla hasta el puerto, Ramblas abajo.

Pertenecí al Cuartel General del Ejército del Norte, en mi calidad de alférez de Ingenieros y jefe de línea de Telecomunicación.

Tengo de todo aquello, recuerdos que me hubiera gustado conservar siempre en una crónica facilísima y con el valor indudable de ser entera y sinceramente vivida. Avivar la memoria de aquellos momentos de Binefar, junto al tren del Cuartel General del Ejército del Norte, esperando la orden de avanzar de un momento a otro. Vivir otra vez la emoción sin igual del "teletipo" móvil de "Escala", preparados los motores en espera de las órdenes de "terminus" (Cuartel General del Generalísimo).

En Balaguer se nos recibió tan mal de allende el río, que el teletipo retrocedió muy cerca de Lérida. Volvimos a Regmat, en cuyo castiello espléndido, se montó en pocas horas una auténtica red de comunicaciones al general Solchaga y a su División Navarra.

¡Qué sensación de orden y de previsión la de aquellos puentes provisionales en Monzón, sobre el Cinca, y después sobre el Segre o sobre el Llobregat!

Camiones-grúas y talleres móviles en cada columna, dispuestos siempre y en su puesto. Era una máquina prodigiosa la que funcionaba.

En Cervera nevó lo suficiente para que la separación de la línea general hasta los Bruchs resultase tan difícil como laboriosa. De todas las

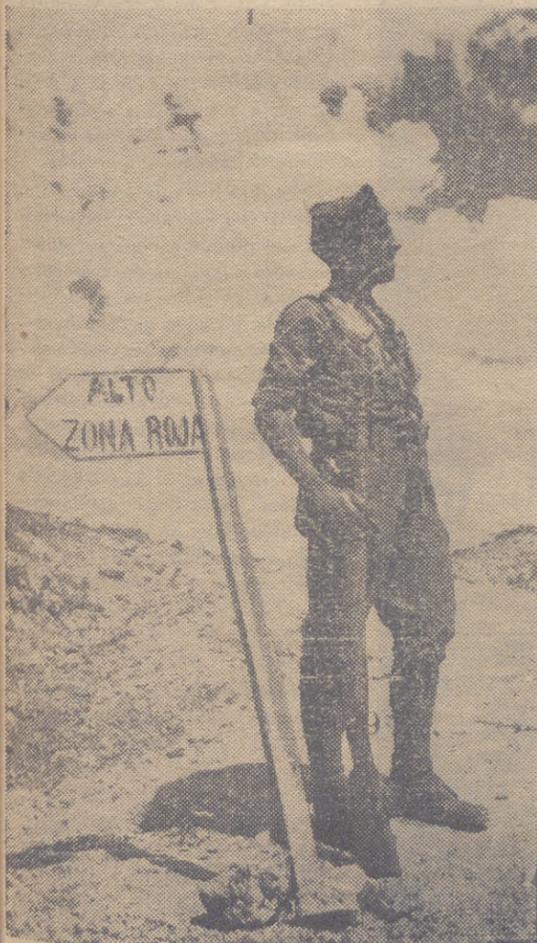
maneras llegamos tan a tiempo, que cuando nuestro Cuartel General llegó a Gavá, a pocos kilómetros del Llobregat, el "teletipo" pudo comunicar con Burgos desde el primer momento.

De lo que puede el odio, la impotencia y la barbarie, recogí buenas muestras siguiendo al Ejército rojo en su huida a Francia. El atractivo del saqueo puede hacer que hombres derrotados y sin moral, carguen sobre sus espaldas con todo lo canjeable o de productiva renta. Y si las fuerzas faltan al fin, cualquier barranco, o sino unos litros de gasolina son suficientes para borrar las huellas de todo despojo, reduciendo a polvo lo que impedía la celeridad de una huida.

Se podrían escribir libros sobre la visión de aquellos pueblecitos gerundenses fronterizos, en que cada estable se convertía, ora en archivo de la más importante documentación, ora en almacén de objetos de difícil clasificación, y cuyas puertas se defendían de la curiosidad pública con sellados de organismos rojos, más o menos proletarios y sindicales. Y en cada cuneta, un coche sin motor, o sin neumáticos, y donde no se ocultaba una flamante radio, era para abandonar un cajón enorme con joyas, objetos de arte o valiosísimos códices.

Hasta que en la raya con Francia, soldados con camisa azul y boina roja, levantaron un día una bandera nacional y gritaron ¡Arriba España!

Rafael CASTRO



BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

MATIAS MONTERO Y ALEJANDRO SALAZAR

Caídos universitarios de la División Azul

Por José Miguel GUITARTE
(Jefe Nacional del S. E. U.)



Por razones de hierro y de diamante—según clara figura que a Platón resultaba grosera—ca yó Matías Montero en el frente civil de la guerra.

Por razones de diamante y de hierro dió su vida por la Revolución española en el acorralado frente de la cárcel y de los vergonzosos paseos madrileños Alejandro Salazar.

Altivos de rostro y entendidos en dudas, como aquel personaje de que nos habla Daniel en su visión del río Ulai, se situaron para salvar a España entre la espada y la pared, entre la roma espada internacionalista y la indiferente pared burguesa. Descontentos, desengañados, pero no incuriosos en una desesperación tan inmoral como estéril, perfilaron la permanente actitud del universitario español. Y por perfilada, aunque parezca monstruoso, a Matías Montero le asesinaron aquellos mismos por quienes él luchaba; y a Alejandro Salazar le dieron muerte los que no supieron dignificarse en la Revolución.

Convencidos de la incapacidad creadora de las derechas sociales españolas y de la capacidad grotescamente salvaje a que llega un pueblo en un afán de revancha sistemático, quisieron una España unida y digna. Desengañados del agrupamiento ficticio de las clases y de la mezquindad de las dignidades existentes, lucharon por despertar entre los españoles un sentido profundo de hermandad y creación. Y no es por eso posible recordarlos en estos días mediante evocaciones superficiales, sino ver hasta dónde hemos conseguido lo que ellos soñaron y hasta dónde tenemos que esforzarnos para obtener lo que nos falta por conseguir.



Los universitarios españoles, terminada la guerra, esa guerra que hicieron a fuerza de voluntad y de generoso sacrificio, han vuelto a las aulas con un maravilloso afán de estudiar. Muy lejos de nuestro ánimo censurar semejante actitud. Pero, como ya hemos dicho en otras ocasiones, hay muchas personas empeñadas en que España vuelva a ser lo que antes era, y no podemos contentarnos con estudiar solamente. Matías y Alejandro no murieron para que, llevada la escisión hispánica a la cima sangrienta de nuestra guerra civil, desembocase nuestro país en una era de inaceptable y falsa felicidad. Su sangre no quería un pueblo esterilizado por el dolor, inútil y hambriento. Cayeron asesinados por soñar una España distinta y mejor. Pero no se crea que una nación se mejora con unas cuantas palabras, o que, porque en un país se hayan variado muchas cosas nominalmente, se ha efectuado toda la labor que se tenía que realizar.



En este día, que recordamos los asesinatos incruentos de los más dignos representantes del Sindicato Español Universitario, no debemos olvidarnos que ni Matías Montero ni Alejandro Salazar abandonaron un tanto el estudio por el puro goce de entregarse a la acción, sino porque, sin la acción de camaradas como Matías y Alejandro, España hubiera seguido siendo siempre esa rivalidad electorera con la que quisimos acabar. Un espíritu revolucionario no quiere a su país marchando a un paso nuevo y fuerte por un deportivo deseo de verlo marchar de manera distinta a como normalmente marcha. Sino por necesidad. Porque ese país no se puede resolver más que de una manera revolucionaria. E incluso—y éste es quizá el mayor homenaje que podemos hacer a nuestros caídos—con verdadero dolor, porque la reconstrucción ulterior a las revoluciones no es humo de pajas ni cosa muy agradable para pensar en ella con absoluta frivolidad.

Los auténticos revolucionarios españoles como Matías Montero y Alejandro Salazar, que por católicos perfectos necesitaban una justicia social más completa, y por auténticos españoles, una revolución que fecundase los valores más auténticos de una Patria sin misión, no pueden recordarse desde una actitud indiferente, en la que, por desgracia, son muchos los que caen, sino encontrándose, como ellos, permanentemente entre la espada y la pared. No quisimos una España fundada sobre un pilar económico, porque la vida es algo más que una torpe lucha por la existencia. Pero no podemos sentir con toda autenticidad la muerte de Alejandro Salazar y Matías Montero si lo que pretendemos no es otra cosa que subsistir.

El enfriamiento natural que se produce entre los jóvenes termina-

da una guerra es preciso superarlo con una conciencia exacta de la responsabilidad. Verdad es que el dolor y el sacrificio ha impreso huella profundísima en nuestras masas juveniles. Pero verdad también que la parte más viva de España, la juventud combatiente y cautiva, por ese dolor que ya es historia en su haber, recordando a Matías y Alejandro, ha de estar siempre entre la espada y la pared, dispuesta a conseguir, en un equilibrio creador y revolucionario, lo que los seculares enemigos irreconciliables de España no supieron lograr.

Cuando José Antonio, en la muerte de Matías Montero, le dió gracias por su ejemplo, nos decía a los universitarios españoles, que no era posible en España durante mucho tiempo estudiar y estudiar. Las derechas, por un lado, y las izquierdas, por otro, han abierto en el costado de España una herida demasiado profunda para que las juventudes de España no presten a esta herida la suficiente atención. Matías Montero y Alejandro Salazar abandonaron la posición del estudioso por deber y con dolor. Y como ellos, la juventud integrada en el Sindicato Español Universitario, que hoy es la generación responsable de España, ha de vivir en permanente vigilia, para que no sea jamás posible ni la España del Frente Popular, enconada y resentida, ni aquella otra que creyó que un país podía vivir de la inercia y de la despreocupación.

Por razones de hierro y de diamante cayeron en España Matías Montero y Alejandro Salazar y toda una generación de jóvenes.

Por nuestras razones de hierro y diamante tenemos que luchar sin descanso por una España ejemplar.

(Viene de la página cuarta.)
y frente al enemigo, aun no se creía merecedor del título.

En otro diario podemos leer, mientras escribe un estudiante de veintisiete años:

"(24 de diciembre de 1941). Porque naciste para redimirnos, Señor, te ofrendamos nuestro pequeño sacrificio. Vengo de la escuela y he oído allí la Misa de Gallo de mi pueblo. ¡Qué frío más intenso! Pero la noche es clara y el enemigo no nos sorprenderá. ¡Ojalá transcurra en paz esta noche en que naciste Tú! Hemos tenido mucha suerte al poder servir a Dios y a la Falange. No sentiríamos morir porque sabemos que depende de la voluntad de nuestro Señor. Sentiríamos más vivir aquella vida disipada y lánguida, cuando hay tantas cosas por hacer. ¡Qué bien se ve España desde aquí! Y ¡qué bien se comprende a José Antonio!"

Muchos de estos diarios no han llegado a nosotros. Los llevaban



sus dueños junto al corazón y los destruyó la metralla. Entre los que cayeron citaremos algunos de los más conocidos: Vicente Gaceo, Julián Martín Fabiani, Ricardo Paredes, Darío José Val-



cárcel, Vicente Caballer Llorén. La lista sería interminable. Fueron tantos los que cumplieron allí su último servicio. Todos ellos murieron como héroes, o, mejor aún, como falangistas. Hoy descansan bajo la tierra rusa, en el cementerio de Grigorowo, y en cada tumba se alza una pequeña cruz de madera, y sobre ella, el casco.

Su vida buscaba el clasicismo en su conducta. ¿Qué les iluminó para que así vivieran? Fué el desarrollo de aquella primera semilla que nació por obra del Espíritu Santo. Fué la savia fecunda de nuestro Fundador, que alimentó sus nobles espíritus, inflamándolos con el fuego que ansía el sacrificio.

Ellos no quisieron ser ciudadanos de Sodoma. Prefirieron ser soldados de Don Juan de Austria o seguidores del Cid en su destierro. Por eso se marcharon a Rusia, y por eso se quedaron allí.

Tantos héroes son el fruto de aquellos primeros universitarios que se hicieron responsables de la Historia de España. El Sindicato Español Universitario no quiere la vida fácil y tranquila, que conduce a la deshonra de la Patria. Le gusta más la vida recta, vertical, difícil, que conduce al camino del Imperio.

¿Se dirá hoy que somos profesionales del alboroto? No pueden decirlo, porque saben que somos luchadores auténticos. Luchamos junto a los germanos para contener la invasión de los hunos. Después, nosotros seremos también bárbaros, que daremos la puntilla a la caduca sociedad liberal. Y comenzará una nueva Edad Media de continuo batallar para establecer el nuevo estado de cosas, para llegar al clasicismo. ¡Qué bien cuadra a nuestro estilo aquella pintura de Tiziano, donde vemos a Carlos V empuñando la lanza! Ese es nuestro gesto y ésa la expresión de nuestro rostro.

España y el S. E. U. firmaron un contrato del que no podemos volvernos atrás. ¡Son tantas las vidas que hemos entregado en prenda!

Camaradas Matías Montero y Rodríguez de Trujillo, Caídos universitarios de la División Azul: ¡PRESENTE!

Madrid, febrero de 1943.

Pequeña semblanza de un Caído

Por Ignacio DIAZ DE RADA



El potente sol cubría la parda geografía de la tierra. La ciudad estaba tranquila. Blancas palomas revoloteaban en las plazuelas sosegadas. Arriba, en lo más alto de un húmedo campanario, dos grullas de ceniciento plumaje pactaban el cambio de la florifera Primavera con el Estío de frutos.

Apartados de la ciudad, paseando por los belvederes de Tasonera a la sombra protectora de las acacias, charlábamos dos viejos amigos y camaradas en la Falange. Mi compañero, Santiago Velasco Tejero, era un universitario de espíritu inquieto. Con clara visión totalitaria de las cosas sabía plasmar su poética para hacernos comprender los más agudos problemas de nuestra vida estudiantil. Su diálogo conmovía tanto como su amistad; por eso era para todos el mejor camarada.

Aquella mañana, apacible en la ciudad, era conmovedora en nuestros corazones. Con la mirada puesta en la silueta rocosa del monte San Cristóbal me hablaba, emocionado de la División Azul, de su marcha. Yo le escuchaba en silencio, admirándole. Todas sus decisiones eran geniales, por audaces y valerosas; pero ninguna como aquella retrataba tan fielmente su espíritu de falangista consagrado.

Llegó la hora de despedirnos y un apretado abrazo selló nuestra vieja amistad.

Pasaron los días y los rosales de Taconera quedaron sin oír el cándido rumor de nuestras conversaciones, y por eso, todas sus rosas murieron de nostalgia.

El falangista, de inquieto espíritu, marchó al frente de combate soñando en el Imperio y en una España poética, falangista, con pan y justicia.

Las grullas del húmedo campanario volaron a otros continentes. El estío había pasado; murió también el invierno, brilló la primavera.



mavera y los capullos de las rosas reventaron con dolor. El parque de otros tiempos, bordeado de acacias, estaba solitario.

En Rusia rugían los cañones en defensa de nuestra cristiana civilización. La Muerte, novia eterna del héroe, conquistaba los mejores corazones. Hasta que un día, él también cayó herido mortalmente y su sangre, aún humeando, sembraba en la estepa rusa el hálito de su amor.

Nos dejó abandonados, con nuestras fuentes, con nuestros pájaros, con nuestra tierra, para irse, acompañado de la Muerte a las celestes regiones donde las filas prietas de los Caídos hacen guardia eterna. Nosotros conservamos su espíritu y su ejemplo.

—Oh, Santiago Velasco Tejero!— Tu muerte será nuestro lucero, nuestro guía. Tú estás presente entre nosotros.

MATIAS MONTERO

(Viene de la primera página.)

madre: con la elementalidad. Menéndez Pidal no sabe vivir en Edad Media ni Cid Campeador... Y ni los vaqueros del Oeste pueden morir (supervivientes en el cine) para cobrar perspectiva mítica y valor epopéico.

Los extremeños, por el contrario, si rebosan algo es antigüedad, enjundia racial; primordialidad que desborda el alma y amamanta los corazones.

Matias Montero, por cacereño y trujillano, era extremeño dos veces. Menos que nadie podía traicionar su propia evidencia o ser sordo a aquel arrebato español del 34. No en vano curtían su juventud veinte siglos de historia, y el río viejo de la sangre le había domado el cuerpo para la aventura. Es anecdótico que si viviera allá, acá o en Sudamérica. Trasciende más lo genealógico, el paisaje que ya llevamos en el alma al nacer, como un espejo interior.

Al paisaje extremeño, curtido y duro, le sobran encima, cielo y sol para ser sensual o siquiera deleitable. Se mete en la carne a fuerza de ascético e impregna toda nuestra humanidad de un estoicismo rudo, sensible a veces y a veces violento, pasional; siempre estremado como su física y metafísica. El extremeño más que otro alguno vive en la tierra y de la tierra... Su fuego nos enciende las entrañas y comulgamos diariamente con el sol como con hostia de oro.

Quien olvide este entronque cósmico y sanguíneo desconoce la vena oculta y flúida que informa nuestro destino individual e hispánico.

El vasco es, entre otras cosas, apto para el hacer marino. En los ojos, iluminados de horizontes remotos, lleva siempre dormida una singladura virgen.

Imaginar a un gallego es tanto como encararse con la nostal-

EL VERDADERO SENTIDO DE LA MUERTE

Por G. VELASCO

Veía yo pasar—rítmicas, marciales—, aquellas figuritas azules y mi pensamiento volaba hacia otros mundos. Hacia otras regiones del más allá, en el tiempo. Los veía hombres; mozos fornidos y poderosos. Con el mismo uniforme. Con la misma camisa y con idéntico paso recio y decidido. Los veía en mi mente marchar en pos de su bandera. La misma bandera que ahora pasaba ante mí, iban cantando...

Pasaban y pasaban los pequeños camaradas. Continuaban monótonos sus himnos, que hablaban de luchas, muertes y victorias. ... Pasaba España... Ancestral sentido de la vida.

Horático era su canto. Pronunciaban la palabra muerte con una indiferencia rayana en el desprecio. Despreciaban el morir por el vivir mismo. Y no es que la juventud de España no ame la vida. La siente y la quiere como prólogo sublime de una eternidad perenne. Pero aceptan el trance supremo con la exelta entereza del mártir.

Allí, Sobre los luceros de armño. En solemne guardia de inmortalidad. Rígido y quieto. Sin mover un músculo. En posición de firmes.

Este es el verdadero sentido de la muerte en la JUVENTUD FALANGISTA. Es dulce y es amarga. Se desea y se procura el morir. Causa temores y produce ensueños placenteros. Es, en fin, la muerte de nuestros visigodos, de nuestros conquistadores; de aquellos invencibles Tercios, orgullo de nuestra raza. Es la muerte de los almogávares de Rusia.

Esta es la manera cierta de morir. Cara al sol, en el póstumo acto de servicio.



gia melancólica del retorno (la saudade).

A todo andaluz le agota un poco su concepción báquica, dionisiaca de la vida... Para entenderla tenemos nosotros los extremeños «dos modos absolutos: el religioso y el militar... Monje y soldado del campo el labrador que ara el suelo mientras busca el cielo por el camino inminente de las estrellas.

Fué por esta entrañada milenaria levadura que José Antonio prefería la Falange cacereña, y que Matias Montero—extremeño y trujillano—cayó solo, el primero, leal a aquella consigna de Nietzsche: «Permaneced, hermanos, fieles al sentido de la tierra.»

En el regazo de María del Pilar, durante la vigilia del Apóstol, nació a la fe, al heroísmo y a la gloria, nuestra patria, España. ¡Visita la tumba de Santiago en este su año jubilar!

Juventudes de muerte española

(Viene de la primera página.) dero sentido de la vida. La masa arrolla a lo individuo, se impone lo mítico, el halkiri, sobre la personalidad creadora, heroica, destacada de lo ario, de lo europeo.

El equilibrio, igual que en tantas pugnas, entre Oriente y Occidente, se da en España, centenaria frontera entre góticos y mahometanos. Morir, aquí, no supone—de adverso al Zendvesta—decadencia ni derrota. Mas se vive, fiel al precepto árabe, cual si nunca se hubiese de morir y, a la vez, lo mismo que si debiese de morir mañana.

¿Qué concepto, pues, entraña el español de la muerte? La doctrina española es netamente agustiniana: «Dios, dentro de uno mismo.» La llegada de la muerte anuncia el cumplimiento de una misión en la vida. No podríamos suscribir la plegaria del



adorado Rilke. De lo contrario: se vive en vista de la muerte, del poder rector que nos imbuye articulación y estructura; se vive para la muerte y se muere, ágiles, para la inmortalidad; dando la vida a trueque de una resurrección liberadora, entroncado el personal destino eterno en el afán común histórico de la Patria.

Lo primero que estremece en esta interpretación española del morir es su nota de tangibilidad: ahí vibra entera la temática del Comendador, muerto que debe sentarse entre los vivos invitado a hacer lo más vital que conocemos: comer, «conservarse». Y el arquetipo de lo irreal, Don Quijote mismo, con su morir se realiza, solidifica y es enterrado en la «fuese donde real y verdaderamente yace, tendido de largo a largo». «La muerte es evidencia», exclamaba Ridruejo cantándola sobre la nieve. «No brinca aquí, no gime y aletea el secreto abisal y encendido de nuestros «Presentes!»?

Este cariz típico de tangibilidad conviene al hombre español persistentemente. Junto a los caracteres católicos de la «hermandad azarosa», de la «decorosa conformidad», del tremendo valor de «trascendencia, vocación impaciente»—el «que muero porque no muero», el «Prestos a morir!» de San Mauricio—, y aquella «solemne exaltación» que culmina al erigir, con El Escorial, la primera suntuosa arquitectura de la muerte.

Pero no se muere igual en el siglo XVII que en el XIX. En el XVII aun el hombre da la vida por el Rey; en el XIX sólo por la Nación. ¿Es que idéntico estilo va a cobijar al «noventa y ocho» y al «treinta y seis»? El español del «noventa y ocho», fiel a Larra, simboliza con Ganivet la frustración misional que se le encomienda:

El cuerpo joven, pero el alma [helada; sé que voy a morir, porque no [amo ya nada.

No. Lo escéptico se tornaría activo y militante. La nota que nos faltaba era, precisamente, ésta: «la muerte como amada», su dilección por la juventud, por un novio legionario. El nuevo matiz, grave y casi deportivo, rompe con la vanidad de aquel yerbo «Ars moriendi».

Yo, ¡Señor!, vivo muriendo. «He nacido para vivir muriendo.» Voy corriendo a la muerte. Soy un rotundo ser a muerte. Juramentado a no traicionarme, a permanecer leal a mi propio sino, «cueste lo que cueste», con decisión resolutoria, con seguro pulso, por mis «reales ganas»; ¡Dame, Señor, cuando la mies madure, una ejemplar muerte española!

PARALELO DE DOS MUERTES

Sobre la tierra española vigilante se alza la fortaleza parda. Desde los bajeles, y a varias millas, se divisa la mole que coronan las toscas almenas. En la torre más alta, cuadrangular y cuajada de arpilleras, está el centinela. Hace su guardia frente al Africa que vomita invasiones. La mirada es dura, no pierde detalle de lo que en la campiña o en el mar ocurre. Sabe su responsabilidad y cumple con su deber. La guardia ya se acaba, pues es llegada la hora del relevo. Se cambiarán los hombres y las armas; pero siempre será el espíritu hispano el que esté en continua vigilia. Y la centinela sigue.

Se oye en el espacio azul el grito de alarma. Se escuchan las pisadas «recias» de caballos árabigos. Se ven blancos turbantes. Son hijos de Alá. Pero no vienen solos. Los acompaña la traición, la deslealtad. Las palabras se cruzan como saetas. Pero no vacilan. Son flechas agudas, inflexibles.

Hasta que una vez, sin temblor, varonilmente, dice: «Ahí va mi acero si no tenéis otro para consumir vuestra traición.»

Hispania—con su genio inmortal—sigue vigilante. La situación es caótica. Pero la juventud no se arredra. Los caminos castellanos se llenan de camisas azules, que, cantando, van en busca de la muerte.

Pero la ciudad más imperial de España—y aún del mundo—no puede cantar con libertad. Le ahoga la garra moscovita. Sólo un puñado de héroes se defiende entre los muros mordidos por la metralla roja.

Ahora es en la cuadratura imperial del Alcázar toledano de nuestro gran César Carlos.

Vuelven a oírse las palabras—agudas como flechas, hirientes como metralla—a través del insignificante micrófono telefónico: «Muere, hijo mío...»

Habéis de acordaros del fuerte espíritu falangista que aquel heroico y abnegado flecha de Teruel tenía. Aquella noche fría que, llevando a hombros a su pequeño hermano—otro camarada más—cruzó el río, con grave peligro para los dos, para huir de la furia roja y abrazar a sus hermanos; fué un acto que nunca debéis olvidar.

Tenemos otro caído del Frente de Juventudes—el primero—en las calles de Madrid, en los tiempos más difíciles de la Falange. Se llamaba Manuel Hernández. Su nombre queda grabado entre los mejores.

Y tantos otros que, caídos en el anonimato, nos dejan el mejor recuerdo. Y hoy mismo, en las tierras heladas de la estepa rusa hay jóvenes camaradas del Frente de Juventudes que luchan y mueren. Como murieron tantos jóvenes por España. Como el hijo de Guzmán el Bueno, como el del defensor del Alcázar de Toledo, y todos los demás, que, caídos por la Patria, siempre tendrán nuestro más cálido recuerdo y la oración más entrañable.

GARCIA LUNA

SONETOS

A DOS FALANGISTAS CAIDOS

A Aurelio, caído en la primera hora.

Si claramente azul se transfigura la sangre de tus venas derramada, no evidencia la voz enamorada tu nombre y su mortífera aventura.

Ni una estrella ascendiendo en línea pura alcanzaría el filo de tu espada; ni el más lejano azul de la mirada la claridad gozosa de tu altura.

Moriste junto al mar que, convocado al mundo de tu sed desvanecida, soñaba con la moza primavera.

La luz en flor y el día coronado por el roce pasmoso de tu huída, ya de un cielo sin fondo prisionera.

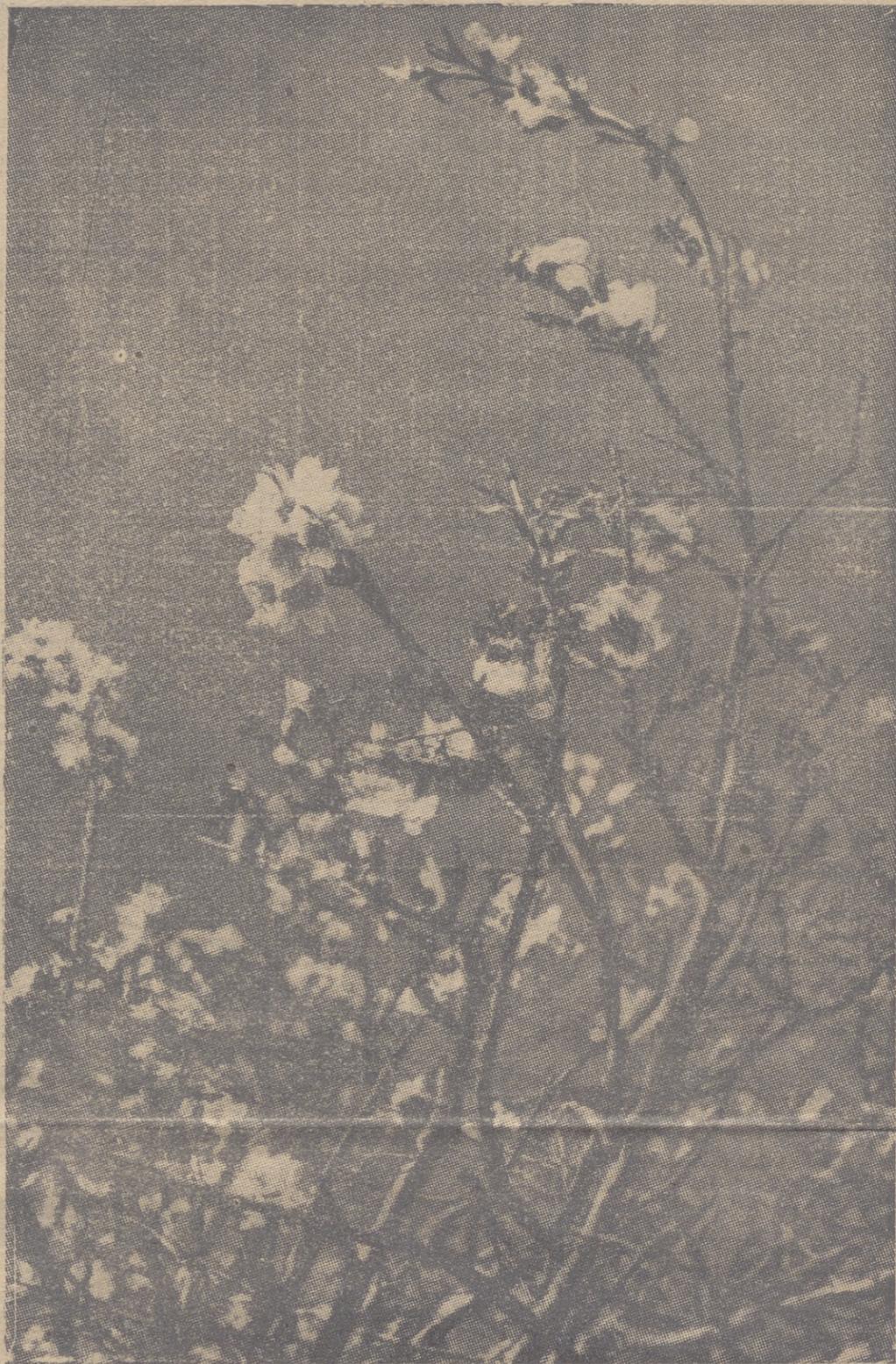
A Daniel, muerto junto a Wolchov.

Regida por tu clara adolescencia la muerte se encamina desde el cielo a eternizar la rosa de tu vuelo en el mármol impar de su evidencia.

Estatua tú has de ser y residencia de este dolor transido y sin consuelo, tan dulcemente así y junto al hielo que transforma en cristal tu permanencia.

Tú, suavemente amado por el río, iniciarás tu sangre a su corriente; la efigie de tu voz a la mañana.

Y crearás la tierra del estío con los ojos del alma eternamente posados en la orilla más lejana.



LOS CAIDOS UNIVERSITARIOS

El día 21 de noviembre de 1933 se presentaron en la Dirección General de Seguridad los Estatutos del entonces Sindicato Universitario Español.

Fue éste el primer fruto de la Falange; un mes antes el primer Jefe Nacional había hablado a España de la verdad de su destino, y los oídos jóvenes escucharon y comprendieron la angustia de aquella voz.

El Sindicato Universitario Español se lanzaba a la conquista de la nueva Patria, haciendo norma de su vida la voz suprema del Jefe Nacional.

Tres meses después, esta norma de vida había cuajado ya, conduciendo a la Vida suprema—a la muerte—al estudiante que luego habría de ser el símbolo de todos los estudiantes caídos: era el primero de los que dejaban su vida junto al encintado de las calles de Madrid; se llamaba Matías Montero y Rodríguez de Trujillo. Era estudiante de Medicina.

Matías Montero sabía que tras la uridez de los textos había una verdad; sabía también que había una verdad imperiosa en la juventud de su sangre; conocía también—porque lo oyó a José Antonio—la mentira de la política y la verdad de la misión de España.

Matías Montero, ante este imperativo del valor de su juventud, en el dolor ciego de los jóvenes de España, que en la esterilidad de las luchas políticas no sabían a qué punto volver los ojos, había sido afiliado al Partido Comunista. Supo ser uno de aquellos jóvenes de los que José Antonio esperaba entusiasmas escuadrillas; vino a la Falange con el sabor del error en los labios y decidido a sembrar la verdad. El Partido Comunista no le perdonó nunca este servicio en que se ofrendó a España.

La noche del 9 de febrero de 1934 volvía de un acto de servicio; de vender el semanario «F. E.». Él quería como nadie al periódico; colaboraba en él, y su «Ha salido «F. E.»» era grito de promesa y de amenaza. Había acompañado ya a todos los camaradas que con él hicieron servicio aquella noche hasta sus casas, y marchaba él solo por el barrio de Argüelles, donde el Radio Oeste del Partido Comunista y el Círculo Socialista de Valdecilla tenían extendido su amplio afán de asesinar falangistas. Matías Montero tenía en el bolsillo la ame-

naza de muerte que le había dirigido el Radio. Días antes había escrito en «F. E.» su convencimiento de que los que quedaran televarían al supremo Jefe de los Ejércitos la canción de los viejos camaradas, la canción del



amor a los caídos»; sabía que el vivir y el morir era acto de servicio, y no temía a la muerte...

En la esquina de la calle de Mendizábal con la del Marqués de Urquijo le agredieron a tiros por la espalda; ya caído, se ensañaron en los disparos los asesinos, y le remataron a quemarropa. Cuando la gente que se atrevió a hacerlo le trasladó a la Casa de Socorro de Marqués de Urquijo, Matías Montero había pasado a ser el símbolo de los universitarios de España, y el Radio Comunista del Oeste, con el Círculo Socialista del pasaje Valdecilla, había cometido un crimen más.

A los cuatro meses de constituirse el S. E. U., el primer caído de Madrid enseñaba ya el valor de este afán de la Universidad española.

LOS CAIDOS

Poco tiempo después los caídos del Sindicato eran ya incontables: Alejandro Salazar, el segundo Jefe Nacional que tuvo el S. E. U., que, con José Miguel Guirarte y Manuel Valdés, presentó en la Dirección General de Seguridad los estatutos del Sindicato; Eduardo Ródenas, José Luis de la Hermosa, Tomás Polo, Juan Jara, Jerónimo Pérez de la Torre, Eduardo Rivas... Tantos camaradas caídos antes de la fecha del 18 de julio; todos los que, como Suárez Inclán, vendieron sus vidas lavando con el rojo de su sangre los tejados y las baldosas del Madrid ya rojo; todos los que cayeron en las cárceles y en las checas, sin tener el consuelo de hacer valer el derecho de sus viejas pistolas; todos los que murieron cara al sol de los campos en guerra o abrazados al barro de las trincheras, han formado ya legiones en este servicio definitivo de la muerte.

La Falange se había propuesto redimir España, y el S. E. U. fué el primer organismo de la Falange. Hoy, bajo el mando genial del Caudillo, España está redimida; el S. E. U. no olvida sus caídos; España no puede tampoco olvidarlos.

D. C. V.

ANO I.-M
Seg
Clara
en Sevilla
pobre, d
de asf
ahora e
de tales
El M
rias ni p
son los
Ha dem
qué caos
algo má
ra capaz
Esta
en nuest
está pla
nero, o e
lables. M
moment
tas de l
una; si
Por
La guer
las trin
nio y p
vida por
Una
camino
siempre
jamos g
desidia
quier co
luchar c
mos seg
intente
Ya n
jado est
o comun
para sa
una osc
Esto
sentido
dentro d
contribu
del mu
El
Inaugu
MER
cretario
esta ma
rismo c
que le
la plaz
bian co
camara
F. E. T
Frente
catorce
apiñado
les de l
el Hotel
marada
de Méri
camara
yecto
muestra
das de
res, que
terpreta
hacer s
acompa
del Mo
vil, Sec
miento
nistro s
vista a
giéndose
talada
adornac
naciona
llegar a
rumpie
Franc
España
tó el «C
Arrese
testado
Acto se
el que t
marada
horas, r
tores d
rros de
na, el
ciones
se dirig
acompa
toridad